

Desde mi atalaya turonesa

Un artista del pincel

El recuerdo de la amistad y de la obra de Juan Luis Varela

Manuel Jesús López, "Lito"



Corría el año 1963 y, en compañía de mi homónimo Lito Varela, tenía la intención de crear una revista en la que plasmar noticias de Turón, narraciones cortas y poemas de nuestra creación. Por aquella época teníamos 16 años y, un día a la semana, junto a otro amigo, Chus Ordiz de Linares, íbamos al Ateneo (que era otro distinto del actual) del que yo era socio y allí leíamos todo lo que caía en nuestras manos. Eran revistas que no se encontraban en ningún quiosco o librería como La Gaceta Ilustrada, París Mach o La Estafeta Literaria, amén de los libros de una pequeña pero escogida biblioteca formada por obras de premios Nobel. En la cabeza teníamos muchos proyectos propios de nuestra juventud, pues estábamos imbuidos por la fiebre de la adolescencia: una etapa difícil de la existencia humana en la que acabábamos de entrar.

Como ha ocurrido con tantos jóvenes a esa edad, componíamos los primeros poemas de amor que yo, personalmente, intercambiaba, a veces, con Santos Lamagrande, que era el poeta "oficial" del momento. Lito se fue de Turón muy pronto para encauzar su futuro y su marcha me causó hondo pesar, pues nos unían las mismas ilusiones. Pero ¡las vueltas que da la vida!: en los años ochenta, después de más de dos décadas desconectado de Turón, me informaron de la puesta en marcha de una revista local: "Ecos del Valle". Su contenido me causó una profunda emoción, pues parecía que volvía a situar a Turón en el mapa tras el desmantelamiento industrial que se estaba produciendo en la zona. Pronto comencé a colaborar con breves relatos históricos referentes a la tierra. Fue entonces cuando, desde la asociación "Mejoras del Valle", me sugirieron la posibilidad de ilustrar mis artículos por medio del dibujo

de un artista local de probadas cualidades, con la finalidad de hacerlos más atractivos. Así conocí a Juan Luis que era, casualmente, el hermano menor de mi antiguo amigo Lito. A partir de ese momento, iniciamos una amistad que no cesaría nunca ya que, más adelante, tendría la oportunidad de repetir aquella operación numerosas veces, empezando por la primera obra que publiqué sobre la tierra natal en 1995. El día de la presentación compartimos el mismo acto: Varela con una exposición pictórica y yo con el libro "Informaciones del Turón antiguo"; en lo sucesivo, se encargaría de ilustrarme con sus precisos dibujos, diversos reportajes turoneses que, de tarde en tarde, enviaba a LA NUEVA ESPAÑA, con esta misma denominación.

Juan Luis Varela nació en el Barrio San Francisco, conocido popularmente como Los Cuarteles Nuevos, en 1951. Realizó sus estudios primarios en el colegio que los frailes lasalianos habían establecido en Puenes. Interesado por las artes plásticas desde pequeño, sus primeros pasos los realizó de la mano de José Suárez "Pilu", que le enseñó la técnica del dibujo; después, continuaría su aprendizaje al tomar contacto en Mieres con los hermanos Urbina. Participó muy pronto en diversos certámenes y siempre sus trabajos se encontraban entre los primeros premios: como en el I Concurso de Dibujo y Pintura, en la modalidad de acuarela, donde obtuvo el máximo galardón con solo trece años.

Varela era, prácticamente, un pintor autodidacta. Pero contó con el sello de la Escuela de Artes y Oficios de la capital del Principado cuyas aulas frecuentó aunque fuera de manera discontinua. Otro tanto ocurrió con la de Lanzarote al permanecer en la isla una temporada con motivo del cumplimiento de sus deberes para con la Patria. Aquella larga estancia le permitió perfeccionar su estilo.

A propósito de las características de su pintura, podemos asegurar que tiene profundos rasgos expresionistas. Nadie mejor que él lo sabía y esto fue lo que nos mani-



Juan Luis Varela.

festó en cierta ocasión. Detrás de sus cuadros hay mucho trabajo de campo, plasmando luego sobre el lienzo un tipo de arte que huye de los conceptos tradicionales. Hay que tener en cuenta, en la diversa obra de Varela, la parte que ha dedicado a inmortalizar la imagen de muchos turoneses. Ejecutados siempre con singular maestría, ha sabido insuflarle, a través de la mirada, esa transparencia que descubre la propia personalidad del retratado. También se comprometió con bodegones y marinas pero el tema preferido era Turón: su paisaje, su arqueología industrial y el entorno natural del artista, obteniendo en todas las oportunidades rincones inéditos que muchos de nosotros pisamos a diario y, en cambio, nunca hemos llegado a descubrir. A este espacio propio, le corresponde con una gama cromática desinhibida que en absoluto neutraliza la negrura del abismal mundo minero, convirtiéndolo, de este modo, en el potencial pintor de la mina, tema

que en muy pocas ocasiones se ha tocado en la plástica asturiana. Así fueron llegando las primeras exposiciones individuales: Caja de Ahorros, Casa de la Cultura de Luanco, Salón de Arte (Oviedo) y colectivas (Salón de Mejoras del Valle, Homenaje a Inocencio Urbina, etc.) En el año 1979, abrió un taller de pintura en el antiguo colegio La Salle que gestionó la Asociación de Padres de Alumnos del nuevo centro escolar concertado (años después, lo pasaría al final de La Veguina). Su objetivo fundamental era el de ayudar a la gente a comprender un poco el intrincado mundo del arte y se aferró a su proyecto pictórico con una voluntad imperturbable. Siguió recreándose con una fidelidad ejemplar en su mundo y en sus modelos inmediatos: escombreras, vestigios de planos inclinados, lavaderos de carbón, la torre de extracción de Los Espinos, La Ceposa, Fresno, la "borrina" bordeando el picu Mediudía, el paisaje degradado por las labores industriales, el sudor del obrero turonés, el drama de la familia minera, Turón...

Estos eran los ingredientes que Varela hacía objeto de una sabia selección personal para darles vida en el lienzo, uniendo pincel y afectividad. El resultado era, invariablemente, el mismo: una eclosión de colorido que penetraba por los ojos del espectador, pues allí permanecía reflejado todo lo que él había sentido y sufrido. Así fue transcurriendo la vida hasta fechas recientes en que una cruel enfermedad se cruzó en su camino. De vez en cuando, le llamaba por teléfono para interesarme por su estado de salud y me decía que estaba llena de altibajos; solo cuando experimentaba una mejoría, reanudaba el contacto con su obra pendiente. La última vez fue hace unos diez días y con una debilitada voz me comunicó su inminente ingreso en el hospital de Oviedo. La Parca le rondaba desde tiempo atrás y el jueves once de junio, lamentablemente, no pudo esquivarla. Se nos ha ido uno de los más grandes de la pintura nacidos en el valle de Turón. Hasta siempre amigo.

Velando el fuego

Aprender de la tristeza

La primavera que nos robó la crisis del coronavirus



Javier García Cellino

Y de repente desapareció la primavera. Ya no vamos a poder disfrutar de esos días que comienzan a ser más largos, de las temperaturas más benignas, de una vitalidad nueva que nos alegra el corazón. La calle se parece a un oasis, la lluvia va dejando su huella en los charcos, pero ya no

hay niños que metan los pies en ellos y salten y ríen y se abrazan como si estuvieran en una fiesta de pijamas. Es lógico que nos pongamos tristes y que una suerte de melancolía trepe por el estómago y se asome a nuestros ojos. La extrañeza es un estado de ánimo difuso y confuso a la vez; incluso para los que, como yo, sufrimos un aumento de las alergias en esa época, su ausencia no deja de turbarnos el ánimo. A las cuatro estaciones se les ha quebrado una esquina; si acaso, algún melómano se acercará a Vivaldi para poder disfrutar del saludo de los pájaros y del murmullo de los bosques y las plantas. Y sin duda que no faltarán los poetas que recuerden a Antonio Machado o a Octavio Paz, entre otros, cuando inspiraban sus letras en la estación del amor.

Mientras tanto, nos vamos acostumbrando a bajar y subir las escaleras con la cesta de la compra y con una infinita precaución en las manos. Tocar se ha convertido en un verbo proscrito; los abrazos son una costumbre que va adelgazando día a día; incluso saludarse sin mascarilla sirve para alimentar algún que otro ren-

cor. Hasta el mismo aire que respiramos parece más denso y más grave, como si amenazara con asfixiarnos en cualquier momento. Nos hemos vuelto frágiles y todos los días nos sentamos expectantes delante de la televisión para comprobar si ha descendido la marea de infectados por el coronavirus. Un muerto menos que el día anterior nos parece una noticia excelente, así que abrimos el botellero y descorchamos un buen Rioja o un Ribera del Duero para celebrarlo.

Una nueva alienación ha venido a sumarse al mapa de los extrañamientos que sufrimos por lo común. Un suceso doloroso nos ha obligado a aislarnos, y no precisamente porque lo hayamos querido así. Si bien, a la vista del resultado, la consigna del "Quédate en casa" está dando los frutos deseados. Durante este tiempo hemos descubierto muchas cosas, algunas que ya formaban parte de nosotros y otras que se nos han ido adhiriendo a la piel. De entre estas, yo significaría la posibilidad de darle una vuelta total a nuestro modo de encarar la tristeza que, por lo común, no goza de buen cartel, por lo que, salvo contadas

ocasiones, no nos detenemos a reflexionar sobre la posibilidad de extraer de ella su parte más jugosa.

Hace días comentaba con un amigo que durante el tiempo del confinamiento había escrito un par de poemarios (algo insólito en mí, lo reconozco), en los que la tristeza conformaba su eje central. Cuando me respondió de la manera más lógica, algo así como que no me extraña que estés triste en esta situación, no pude menos de sonreír, al tiempo que le recitaba uno de los versos: "A veces es hermoso contemplar la tristeza de los días que se van apagando poco a poco...". Él también se sonrió y, tras despedirse de mí, se fue alejando calle abajo. Cosas de poetas, pudo haber dicho, a lo que yo le hubiera respondido que somos animales extraños y que vivir es sentir un dolor dulce en el pecho. Aunque pueda resultar paradójico, hay que aprender de la tristeza para así fortalecer nuestra resistencia, por mucho que quienes nos gobiernan prediquen la alegría a todas horas. Una alegría que no encaja bien con los ajustes de plantillas, la cola del paro y los miles de niños que mueren a diario.